

EL MUNDO INFRAMUNICIPAL Y LA POLÍTICA

Claude Bataillon

Dehouve, Danièle, *Ensayo de geopolítica indígena, los municipios tlapanecos*, México DF, CIESAS/CEMCA/Miguel Ángel Porrúa, 2001, 312 pp.

El libro de Danièle Dehouve no habría podido escribirlo alguien que no hubiera tenido la oportunidad –y el empeño– de sostener un intercambio y un diálogo durante varios decenios con «los municipios tlapanecos», es decir, con los actores sociales de toda una zona guerrerense, en la cual se ha explorado la historia local, religiosa, agraria, demográfica, remontándose, a través del siglo XIX, hasta lo colonial, e incluso, las poco conocidas raíces precoloniales.

Sin embargo, el conocimiento íntimo de las gentes y de sus territorios, por profundo que sea, resultaría más provechoso si la autora no hubiera emitido juicios sobre lo que es la ley nacional vista a un nivel local: cómo, tanto los de arriba como los de abajo, saben adaptar, olvidar, rebasar o violar dicha ley para que cuaje en el ambiente local.

Entonces, ¿se trata de un microestudio sin mayor alcance? Claro que no. Aunque contemos con poquísimos estudios de este tipo, a nivel infra municipal, sabemos que el libro de Danielle Dehouve tiene validez en México –y Mesoamérica– para entender la política en zonas campesinas (80% del territorio mexicano poblado), siendo el panorama de la autora, obviamente, más

acertado para las zonas de campesinado indígena, más todavía si se trata de las zonas de sierras muy complejas en las cuales las dinámicas poblacionales son recientes y a menudo ligadas, en primer lugar, con la ganadería. Dada esta estructura sabemos que la comparación será más fácil con las zonas chiapanecas de las Cañadas (y menos con los Altos), y también con las sierras occidentales de Michoacán y Jalisco hacia el Pacífico (y más en sus partes con población indígena).

El estudio antropológico de Danièle Dehouve parte de bases descriptivas muy precisas, lo que constituye uno de los aspectos más apasionantes del libro. En ellas habla de sierras muy quebradas, característica que genera una gran dispersión de la población, aunado a la existencia de pisos ecológicos superpuestos. La dinámica global es de crecimiento poblacional progresivo (a través de dos siglos) desde la parte alta del norte hacia la zona costera y baja del sur, con colonización de territorios a través de la expansión ganadera y de los poblados. La complejidad de este espacio que hasta hace poco podía sólo ser recorrido a pie o a caballo, hacía que la distancia entre los lugares no se midiera en leguas, sino en horas o días de recorrido.

La autora nos dice cómo estos lugares aparecen (y desaparecen) a través de los nombres con que son bautizados. Hay una coexistencia entre el lugar, su nombre, su personalidad, cualidades ecológicas y el grupo de actores sociales que lo pueblan. Otra entrada descriptiva nos lleva a una vi-

sión política de esos lugares; contemplar los edificios públicos e infraestructuras de una larga historia. En estas comunidades se ha luchado (a veces desde el siglo XVIII) para conseguir el derecho de construir una capilla y luego una iglesia para hacerla parroquia. Hoy es posible construir una capilla sin más trámites, pero su importancia ya no es la misma.

Por largos decenios, desde principios del siglo XX, la lucha para ser reconocido pasaba por la construcción de una escuela, por mínima que fuera, y con la tarea subsiguiente de conseguir maestro. Actualmente, lo que se quiere es obtener una escuela-albergue con varios maestros, para atraer alumnos de los alrededores; aunque todavía mejor es ser sede de una jefatura escolar con supervisor, o bien, sede de una escuela normal. Los pleitos entre una escuela del INI con maestro bilingüe y una escuela federal de la SEP pertenecen a la historia.

Si anteriormente el edificio para una alcaldía (o una comisaría) constituía una huella de poder muy importante, en años recientes la dinámica cada vez más urbana puede dar importancia a un comité de obras para legitimar una nueva colonia. De igual manera, otro instrumento del reconocimiento de poder es la construcción de una brecha, la cual sirve para que un grupo pueda adueñarse de un territorio todavía sin cultivar, marcado como propiedad comunal, indivisa y sin morones. Aquí encontramos luchas agrarias que a veces desembocan en violencia. Y no cabe duda que lo

agrario es un trasfondo permanente de los juegos de poder en el ámbito local. A partir de los títulos de tierra, supuestamente coloniales (que legitimaban la posesión de vastos terrenos en manos de comunidades numerosas), los procesos de desamortización de finales del siglo XIX generaron una partición del territorio en manos de poblados (hijos) más reducidos que se separaron de la cabecera. Al contrario, a principios del siglo XX, con la revolución que planteaba la legitimidad del municipio libre, y en los albores de la reforma agraria, el poder agrario se reconcentró en manos de localidades mayores. En tierras guerrerenses, el número de lugares disminuyó, mientras que en Oaxaca, es el número de los municipios —mucho más pequeños y numerosos— el que disminuye. Así, ya sea bajo el nombre de tierras, de comunidad o de ejido, la lucha por el poder local tiene como contenido principal la posesión de los espacios de cultivo, y más todavía, de los de la ganadería.

Más allá de esos elementos descriptivos, el libro nos da elementos clave para entender por qué la comunidad es ahora, menos que nunca, una entidad estable y cerrada, y qué relaciones establece con lo municipal. La autora nos muestra cómo el dinamismo creciente de las unidades territoriales se corresponde a la fase histórica de liberalización de finales del siglo XX: si, en el ámbito de los Estados soberanos, la congelación política de la guerra fría refrenaba los anhelos de autonomía o independencia para territorios nuevos, hoy la cohe-

rencia y los límites de los Estados son puestos en tela de juicio cada vez más. En México, a nivel provincial (estatal) o local (municipal o inframunicipal), también la mano dura de los poderes centrales y la hegemonía del Partido centralizador congelaban las dinámicas territoriales, que resurgen recientemente a nivel municipal o inframunicipal.

En la comunidad tlapaneca, la aparición de nuevas rancherías y comisarías introduce cambios en los límites de las tierras comunales, y a veces en los límites de los municipios. La autora muestra cómo, para conseguir su legitimidad, una nueva (futura o potencial) entidad política presiona y finge haber logrado su autonomía (a través de una capilla; de un edificio para alcaldía, sello y vara de mando), y cómo sus enemigos (o superiores) destruyen esos símbolos de autonomía, al mismo tiempo que los lazos duraderos con la localidad madre: el panteón, el registro civil.

En cuanto a las familias, el hecho de pertenecer a una comunidad se concreta en: ¿a quién pago lo que debo? y ¿de quién recibo beneficios? Hasta 1960, se pagaba y se recibía poco. Se pagaba en mano de obra (tequio, faena) para construir o mantener edificios, brechas, etc. O bien, desempeñando gratuitamente cargos (religiosos y/o políticos). Actualmente, quien trabaja para el municipio recibe un salario y cualquier entidad local lucha para recibir ventajas de CONASUPO (1970), de PRONASOL (1990), de las ONG, etc. Para recibir hay que existir como entidad administrativa, al mayor ni-

vel posible. Allí entra el juego político propiamente dicho: si una comunidad vota por un partido local pequeño, tiene peso dentro de dicho partido, el cual invierte para asesorarla de manera eficiente. Si vota por un partido grande con muchos diputados tiene más probabilidad de recibir directamente subsidios e inversiones públicas.

Finalmente, la autora subraya que, a partir de los años ochenta, las comunidades desarrollaron una nueva dinámica para recibir subsidios (en detrimento de su capacidad para generar inversión local directa), donde convertirse en municipio es la meta principal. Así, el predominio de lo administrativo y lo político sobre lo religioso, lo escolar o lo agrario, va creciendo; mientras que “cada comisaría sostiene dos frentes de lucha al mismo tiempo: uno contra la localidad mayor de la cual proviene [...] y otro en contra de sus localidades que manifiestan tendencias separatistas”. Esta articulación, entre lo social y lo político, en el manejo del espacio local merece más estudios de alcance tan profundo como el de Danièle Dehouve. 

SOBRE EXTRANJEROS, ESPECTADORES Y PROTAGONISMOS

Lorena Cortés Vázquez

Meyer, Jean, *Yo, el francés*, México, Tusquets Editores, 2000, 467 pp.

Miller, Robert Ryal (ed.), *The Mexican War Journal and Letters of Ralph W. Kirkham*. College Station, Texas A&M University Press, 1991, 141 pp.

En obras y novelas siempre damos la palabra al personaje protagónico, lo escuchamos. El protagonista es el centro alrededor del cual se construye la esfera, el contexto y la lógica. ¿Por qué no se hace lo mismo en la historiografía? Muchas veces, en la historiografía se habla en tercera persona sobre los acontecimientos y las personas involucrados en la historia, y en pocas ocasiones tenemos oportunidad de imaginar un diálogo con el protagonista.

Sin duda puede haber muchas razones para ello. Entre ellas está que, simplemente, leer historias de la Historia (historiografía) le ahorra a quienes no son historiadores el arduo trabajo de la reconstrucción lógica y cronológica de hechos y acontecimientos. Más allá, la historiografía académica pretende ofrecer una lectura “imparcial” de los hechos —en el sentido de la distancia construida entre las “percepciones de los protagonistas” y la “realidad”—. Esto es, una historia en tercera persona nos puede dar una sensación de alejamiento de los protagonistas y, al hacerlo, librarnos del juicio subjetivo al cual estamos expuestos.

Sin embargo, ese juicio resulta difícilmente salvable —al menos de forma indirecta— ya que le confiamos al historiador la tarea de dialogar con archivos y fuentes primarias —sin tomar en cuenta que, en muchas ocasiones (si no es que en todas), él mismo se encuentra bajo el conflicto de la subjetividad—.

Por eso, vale la pena hablar de aquellos trabajos donde el historiador sí nos permite el contacto directo con la sensación y la

percepción del protagonista, y donde nuestro diálogo —y posterior identificación o aversión— con el o los protagonistas, es irremediable. Los libros *The Mexican War Journal and Letters of Ralph W. Kirkham*, editado por Robert Ryal Miller, y *Yo, el francés*, escrito por Jean Meyer, son ejemplos de dos acercamientos diferentes a estos diálogos imaginarios.

Miller y Meyer nos presentan a personajes extranjeros que participaron en las dos guerras internacionales más importantes en las que se vio envuelto el México decimonónico: la guerra de México con Estados Unidos (1846-48) y la intervención francesa (1862-67). Ambos nos permiten un contacto con los protagonistas que va más allá de su versión sobre las batallas y la milicia, pues tanto Kirkham como los franceses de Jean Meyer, nos describen desde el pasado los paisajes geográficos y sociales del México de su época. El clima, las flores, los ritos y los vestidos son algunos ejemplos de los temas que surgen constantemente en las correspondencias y en los diarios de los invasores.

En el caso del libro editado por Miller tenemos acceso a casi todas las cartas escritas por el oficial Ralph Kirkham durante su estancia en México. En *Yo, el francés* conocemos fragmentos de la correspondencia y escritos de 784 oficiales franceses (p. 277). Mientras que en el primer caso podemos observar con mucha claridad los detalles que perciben los ojos de un individuo, en el segundo, la riqueza consiste en la comparación y contraste de opiniones y obser-

vaciones de oficiales que vieron un mismo episodio histórico a través de distintas ópticas que coinciden en algunos casos.

Pero más allá de la comparación directa de los testimonios de los extranjeros —que sin duda es interesante, y más cuando nos permite ver, por ejemplo, las diferencias religiosas en el caso del estadounidense, o la común muestra de admiración hacia los mexicanos y sus paisajes en el caso de los franceses— analizar las diferentes maneras en que Robert Miller y Jean Meyer nos ponen a conversar con los muertos, nos sumerge en un sueño donde es difícil distinguir quién habla, o qué historia nos está contando, así como quién posee el papel protagónico.

Robert Ryal Miller estudió historia en la Universidad Nacional Autónoma de México; ahí entendió la importancia de la guerra de México con Estados Unidos para la relación de los vecinos. Tuvo la suerte de cruzarse con el diario del oficial Kirkham, quien escribe sus experiencias de campaña en el centro y sur de México.¹ En el libro de Miller es evidente el papel protagónico desempeñado por Kirkham. Por esa razón el editor se limita a acomodar las

palabras del oficial y a situar brevemente sus experiencias en el contexto de su biografía. El texto es por demás claro, y permite imaginar una conversación muy libre entre el oficial y el lector. En este libro el autor no da pie a confusiones sobre quién es el actor principal y, en cambio, sólo crea una esfera definida sobre la cual la lectora pueda concebir un diálogo con el oficial estadounidense.

Jean Meyer dialoga más con los muertos de *Yo, el francés*. El autor va más allá de la selección de párrafos y ordenación cronológica de la información para mezclarla con las declaraciones y los personajes. A veces las mezclas son tan imperceptibles que es difícil distinguir su intervención del resto del texto. En ocasiones hay tres actores en la conversación: el oficial francés, el escritor y el lector. La lectura inicia con serias complicaciones para la espectadora (o el lector) pues si bien el libro inicia con una advertencia, no aclara que el libro está escrito bajo esta conversación triangulada. El final del primer libro (de los tres que componen *Yo, el francés*) se convierte en monólogo y autorreflexión sobre el trabajo realizado, y es cuando entendemos que el historiador tiene un papel protagónico en el guión de la historia que cuenta, y que su intervención no está exenta de subjetividad. Lo importante es entender que si Meyer, en algún momento, centra el libro en sus reflexiones y pensamientos, convirtiéndose así en el protagonista momentáneo, la declaración de ese protagonismo no es un acto de vanidad; es más bien de can-

¹ Miller nos dice que existen numerosos diarios de soldados americanos que participaron en esta guerra, pero la mayoría de ellos refiere a las campañas de los generales Zachary Taylor y Stephen Kearny que se desarrollaron al norte del país. El diario de Kirkham es de los pocos que refieren a las campañas realizadas en estados como Veracruz y Puebla, además de la ciudad de México.

sancio, pues tras meses de trabajo de archivo y redacción, el autor se siente agotado –y aún así percibe que su labor no ha concluido y que su propia voz se mezcla con la de los oficiales franceses, influyendo sobre el sentido que el lector pueda dar a las palabras de éstos–. Así, Meyer se escribe –y describe– en voz alta:

Tú dices que te gustaría volverte un lector cualquiera, o como un espectador en el teatro, lo que está en el libro no tiene mucho que ver contigo. Y sin embargo, ¿crees realmente que no tienes ninguna responsabilidad en esa historia, que no eres más que un investigador ocioso, sin obligación moral hacia tus personajes, y que ahora te sientes cansado, o aburrido o sencillamente necesitado de acabar con ellos? (p. 266).

Si bien es cierto que, en principio, ambos libros, nos permiten un contacto directo con los soldados extranjeros que vinieron a combatir en tierra mexicana, y que este acercamiento rompe la distancia convencional que hemos marcado entre protagonistas y lectores, al final nuestra participación y experiencia, aunque agradable, no es igual en los dos casos. Mientras que en el texto de *The Mexican War Journal and Letters of Ralph W. Kirkham* el protagonista siempre es uno y la interacción lineal, clara y en una sola dimensión, en *Yo el francés* las dimensiones son múltiples y confusas; diálogos, monólogos y protagonistas se entremezclan. Ni Jean Meyer ni el lector son capaces de permanecer como meros espec-

tadores de teatro. Sin embargo, para el lector común –que usualmente no tiene la oportunidad de revisar fuentes primarias– estos dos libros tienen un valor indescriptible: nos acercan de una forma más personal a la visión extranjera de dos de los acontecimientos más trágicos de la historia nacional en el siglo XIX. 

SUEÑOS, O DE LO QUE ESTÁN HECHAS LAS LUCHAS

Nilbia Coyote Millanes

De Vos, Jan, *Una tierra para sembrar sueños. Historia reciente de la Selva Lacandona, 1950-2000*, México, CIESAS-FCE, 2002, 505 pp.

Detrás del sueño de un gran heredero finquero de la Selva Lacandona en Chiapas, Jan De Vos narra el de tres ejidos excepcionales formados en el valle de San Quintín, entre los ríos Perlas y Jataté, en los años setenta. Y detrás de estas micro historias encontramos uno de los sueños más grandes e influyentes en la historia reciente de la Lacandona: la organización política de los campesinos tzeltales.

¿Dónde estamos? Nos encontramos ante un escenario casi onírico: en las lejanas y solitarias tierras chiapanecas, donde a mediados del siglo XX comienzan a desfilar una serie de soñadores y creadores de sueños –desde ricos terratenientes, explotadores madereros, campesinos indígenas, maoístas agrónomos y religiosos liberado-

res, hasta guerrilleros idealistas—. *Una tierra para sembrar sueños* es la conclusión de la trilogía de libros que ha escrito el historiador Jan De Vos¹ sobre la Selva Lacandona. Se trata de un relato ágil y conmovedor, pero no de un libro ligero.

Contar los últimos cincuenta años de historia de la Selva Lacandona en un volumen no parece ser una tarea sencilla. Sin embargo, Jan De Vos lo logra. Desde el principio de *Una tierra para sembrar sueños*, el historiador advierte al lector lo difícil que es hablar de la Selva Lacandona sin reflexionar sobre su heterogeneidad social, su compleja naturaleza y, sobre todo, acerca de los diversos significados que cada actor le da según sus propios intereses. Por eso el autor se confiesa en el prólogo, y admite que su deseo de contar la historia reciente de la Selva Lacandona se vio interrumpido y retrasado, no sólo por el estallido de la revuelta zapatista, sino también por la explosión de libros y publicaciones al respecto. Pero este libro tiene una estrella más: su original método para presentar los hechos y contar la historia regional.

Descartar la idea de escribir un libro con la ayuda de varios colegas² retrasó el li-

bro de Jan De Vos por varios años. Pero finalmente *Una tierra para sembrar sueños* permite oír las voces de varios testimonios que narran sueños personales, ajenos y cercanos unos de los otros, que envuelven proyectos colectivos. Todos ellos soñados, sembrados, y algunos cosechados desde las tierras lacandonas. Para el autor, las palabras “tierra, siembra y sueño” no pueden reflejar mejor el destino de “los actores principales del drama de la selva: sus pobladores indígenas” (p. 10). Por ese motivo elige, como puntos esenciales de la historia de la Selva, ocho sueños o proyectos. Éstos transformaron “de manera decisiva” la Lacandona, tanto en lo natural como en lo social —y hasta en lo político—. No se trata de contar historias de vida, sino de reunir los procesos que construyeron la multifacética cara de la Lacandona: la explotación maderera, la colonización campesina indígena, la organización social y política de los nuevos habitantes, la competencia religiosa y la creación de la iglesia autóctona, la reconstrucción de la comunidad de los miles de refugiados guatemaltecos y la construcción de la vía armada.

Jan De Vos ha investigado y seguido de cerca la historia de esos procesos por más de 25 años, e inclusive ha “estado involucrado personalmente” en varios de ellos

¹ En 1980, Jan De Vos publicó *La Paz de Dios y del Rey. La conquista de la Selva Lacandona por los españoles (1525-1821)*, México, FCE-SEC. Ocho años después publicó *Oro Verde. La conquista de la Selva Lacandona por los madereros tabasqueños, 1822-1949*, México, FCE-ICT.

² En efecto, en un primer momento —antes de 1994— De Vos había pensado en narrar esa “tan tremenda y tan compleja sacudida ecológica-social”

(p. 10) con un equipo interdisciplinario, que explicaría en sí la última mitad del siglo XX lacandón, con base en temas más específicos (rezago chiapaneco, papel de la Iglesia en el estado, etcétera). Pero al haberle “comido el mandado”, recurrió al tradicional libro de un autor.

(p. 9). Por lo tanto, se confiesa como un observador a veces parcial. Jan De Vos es teólogo –y fue jesuita– esto explica su perfecto conocimiento de la compleja situación religiosa en el sur de Chiapas y de la Iglesia católica. Con una mirada inteligente y crítica, desenreda para el lector procesos más importantes, como la organización eclesial autóctona, la creación de la *Quiptic*, que luego se convirtió en de la ARIC,³ así como el proyecto de la Fuerzas de Liberación Nacional, que culminó con el movimiento Zapatista. Sin embargo, llama la atención que no es sino hasta el final del libro que el autor narra el papel de la Iglesia de Samuel Ruiz –y de sus más allegados colaboradores– en la elaboración de redes sociales entre los indígenas tzeltales de la Selva. Pero quedan muchas preguntas: ¿Qué pasa con el choque de grupos dentro del mismo movimiento religioso? ¿Qué es del sueño de la organización *Slohp*?⁴ ¿Qué

pasa con la confrontación entre don Samuel Ruiz y el subcomandante Marcos?

Se traslapan tres procesos: la organización política, la organización católica y la organización subversiva. Estos procesos no pueden separarse, y a pesar de que Jan De Vos lo hace con soltura en el texto, provoca que sea el lector quien deba volver a trenzar toda la información. No obstante, la idea es clara: las acciones llevadas a cabo por los grupos católicos sentaron las bases para la construcción de un grupo político indígena conciente tanto de sus necesidades y sus derechos, como de su lucha. La Iglesia católica ocupó las funciones que el Estado mexicano no proporcionó en la Lacandona y, estratégicamente, supo rescatar la identidad indígena y conjugar las acciones religiosas con luchas profanas cada vez más politizadas. Así, la *Quiptic* simboliza la reunión de los tres elementos: el ideal de la catequesis del éxodo, las redes sociales indígenas, y la influencia de los grupos maoístas de Chapingo.⁵ Sólo cuando llegan los desacuerdos y las fisuras dentro de la propia organización católica, se abre totalmente el paso a la vía armada.

res políticos y líderes subversivos. Jan De Vos explica que en esta organización, cuyo poder recaía en Javier Vargas –mano derecha de Samuel Ruiz en alguna época– confluyen muchos intereses, pero nos deja con la duda sobre sus acciones y su futuro.

⁵ En palabras de Jan De Vos: la *Quiptic* quería reflejar la “utopía religiosa de la hermandad cristiana” con “el ideal maoísta de la asamblea igualitaria” y “la tradición indígena del acuerdo colectivo”, (P. 256).

³ La organización política de los campesinos tzeltales y ch'oles *Quiptic ta Lecubtesel*, no se convirtió de la noche a la mañana en la Asociación Rural de Interés Colectivo (ARIC). En 1975, los líderes y habitantes de 18 ejidos de las Cañadas de San Quintín y Patiwitz firmaron la creación de la Unión de Ejidos “Unidos para nuestro Progreso”, la *Quiptic*. En 1980 se convierten en la Unión de Uniones Ejidales, pero en 1982 se da la primera separación, donde sobrevive la Unión de Uniones Selva –quienes se identifican con la original *Quiptic*, ante todo, por su independencia del gobierno–. A finales de los ochenta, se regularizan ya como ARIC.

⁴ La *Slohp* (La raíz) es un tipo de “gremio sectorial y medio clandestino” (p. 264) creado por los líderes de la acción religiosa, que son también líde-

Más allá de lo que significa el involucramiento personal del autor en la historia que nos narra, el libro tiene sin duda varias virtudes. En primer lugar se trata de una propuesta original en lo que se refiere a la metodología, pues al recoger los “sueños” de algunos personajes, logra entrar plenamente en los procesos vividos en la Selva durante los últimos cincuenta años. El mérito aquí es que no aburre; al contrario, llega a fascinar. El problema surge cuando nos preguntamos cómo se selecciona al “soñador”. La segunda virtud es lo que algunos llamarían otorgarle una oportunidad a las voces de los más marginados, pues el propósito de Jan De Vos es contar la historia de los indígenas, donde ellos sean sujetos de su propia historia. Finalmente, se trata de una lección sobre la situación actual de la Selva Lacandona. Es un análisis general de esa problemática región, basado en una vasta investigación que nos deja ver que aún nada puede concluirse sobre esta realidad. El deseo de sobrevivencia y la lucha aún persisten... Muchos siguen soñando, pero la Lacandona conoce ahora una nueva pesadilla: la exagerada militarización, o –a los ojos de De Vos– la peor de las opresiones, contra la cual, debe seguirse luchando. 

ALEMANIA Y MÉXICO DURANTE LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

Mónica González Alcocer

Tuchman, Barbara W., *The Zimmermann Telegram*, Ballantine Books, Nueva York, 1985, 244 pp.

El inicio del siglo XX fue una época de reorganización del orden internacional. Los últimos grandes imperios estaban desapareciendo –dando lugar a nuevos países– y en algunos de los países ya existentes (como Rusia y México) tenían lugar las primeras grandes revoluciones sociales del siglo. Todo esto provocó que el equilibrio de poder se desajustara y que surgieran nuevas potencias, que quisieron dar a conocer su poderío y marcar sus áreas de influencia. En ese contexto, la política exterior de Alemania hacia México fue mucho más importante de lo que el común de la gente se imagina.

En sus intentos por evitar la entrada de Estados Unidos a la primera guerra mundial, Alemania puso a México en el centro de su política exterior en los primeros meses de 1917, lo que produjo uno de los episodios más interesantes de espionaje de que tengamos noticia: el llamado “telegrama Zimmermann”. Quizá no haya mejor momento para recordar este episodio, pues ahora que México ocupa un lugar en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas en el contexto de una posible guerra entre Estados Unidos e Irak, una relectura del libro de Barbara Tuchman, *El Telegra-*

ma Zimmermann, nos puede ilustrar lo que ha estado en juego para México las pocas veces en que nuestro país ha jugado un papel protagónico en el ámbito internacional.

Para finales de 1916, Inglaterra y Alemania, las principales potencias involucradas en la guerra, enfrentaban una seria escasez de recursos, tanto materiales como financieros. Esto hizo que la participación de Estados Unidos en el conflicto se volviera trascendental para Inglaterra y de gran peligro para Alemania, ya que esto lo pondría en desventaja. Por ello, Arthur Zimmermann, ministro de relaciones exteriores de Alemania, ideó un plan para evitar que Estados Unidos entrara a la guerra una vez que Alemania iniciara una campaña submarina ilimitada. Si Estados Unidos enfrentaba suficientes problemas en casa que lo mantuvieran ocupado dentro del continente americano, seguramente se mantendría neutral ante la guerra en Europa.

Después de varios intentos fallidos de sabotaje, la mejor opción para conseguir la neutralidad de Estados Unidos parecía provocar una guerra entre México y su vecino del norte. La estrategia sería que Alemania propusiera a México una alianza, ofreciéndole a cambio apoyo para recuperar los territorios perdidos después de la invasión norteamericana de 1847. Tomada la decisión, Zimmermann envió un telegrama que contenía la base de la propuesta que debía hacerse a Venustiano Carranza. En caso de que México no iniciara la guerra por su cuenta, Zimmermann proponía ofrecerle una alianza bélica a cambio de

abundante apoyo financiero y conformidad para iniciar la reconquista de los territorios de Texas, Arizona y Nuevo México.

Todo esto es lo que desencadena los hechos relatados en *El Telegrama Zimmermann*, el cual, escrito por una periodista, tiene un estilo ágil y de fácil lectura, redactado en términos comunes que describen una red de espionaje tan espectacular que poca gente podría imaginar. Tuchman nos introduce —con un estilo novelesco— a un mundo desconocido por la mayoría.

El grueso del libro está dedicado a relatar lo que debió hacer Inglaterra para dar a conocer a Estados Unidos el contenido del famoso telegrama Zimmermann, sin revelar, claro, que habían descifrado los códigos secretos alemanes. Esto hace del libro un maravilloso relato de espionaje e intriga. La parte que le da un sabor especial y un significado particular a quien está interesado en la historia de México es, precisamente, la forma en que los ingleses utilizaron sus redes de espionaje y contactos —principalmente establecidos en México— para revelar la nota sin “echarse de cabeza” ellos mismos.

Cuando la nota es finalmente dada a conocer en Estados Unidos, el presidente Wilson no pudo continuar con su política pacifista: no podía quedarse con las manos cruzadas después de semejante conspiración en su contra. Lo más increíble es que todo se había hecho a través de sus propias redes de comunicación.

Wilson encontró mucha oposición al buscar el apoyo interno necesario para en-

trar a la guerra, ya que mucha gente de su propio gobierno creía que la nota era falsa, que era parte de la estrategia del mismo Wilson para convencerlos de apoyarlo. Cuando parecía que la labor de cabildeo tendría que ser exhaustiva, el propio Zimmermann les resolvió el problema: aceptó públicamente que Alemania había propuesto la alianza de guerra a México.

Por su parte, Carranza tenía sus propios problemas como para involucrarse en una guerra con Estados Unidos: no sólo creía imposible recuperar los territorios, sino que, como cualquier coahuilense sabía que sería también imposible reintegrar esos territorios al país. Además, una guerra con Estados Unidos profundizaría aún más los problemas que planteaba la revolución.

El Telegrama Zimmermann tiene gran valor —especialmente para estudiantes de Relaciones Internacionales, quienes deberían al menos saber de su existencia— ya que a través de él nos podemos dar cuenta de que México no es únicamente el patio trasero de Estados Unidos. México ha tenido —y tiene— gran importancia en el ámbito internacional. En ciertos momentos de la historia, como el que Barbara Tuchman nos relata, México ha podido ser el fiel de la balanza dentro del orden internacional. Otra contribución es que, a través de sus páginas, conocemos más a fondo de dónde y por qué surgió la “Doctrina Carranza” (la no intervención), uno de los pilares de la política exterior de México.

Existen pocos libros que relatan con tanta exactitud lo que pasó en aquellos pri-

meros meses de 1917.¹ Este capítulo de la historia internacional nos deja varias preguntas. ¿Hubiera sido posible que Estados Unidos entrara a la guerra de no haberse conocido el telegrama? ¿Habría podido hacer Alemania alguna otra cosa que evitara la entrada de Estados Unidos a la guerra? Si Zimmermann hubiera negado la autenticidad de la nota, ¿hubiera Estados Unidos entrado a la guerra? ¿Qué habría pasado si Carranza hubiera aceptado la alianza con Alemania? Quizá la torpeza de Zimmermann, la prudencia de Carranza y la determinación de Wilson se hayan combinado para evitar que México y Estados Unidos iniciaran una guerra que podría haber cambiado por completo la historia mundial. 

RESEÑAS

Jean Meyer

Shipman, Charles, *It Had to Be Revolution. Memoirs of an American Radical*, Ithaca y Londres, Cornell University Press, 1993, 244 pp.

Consecuencia inesperada de la entrada de los Estados Unidos en la primera guerra mundial: uno de los fundadores del Partido Comunista Mexicano es el autor de este

¹ Entre ellos están *Decision for war, 1917; the Laconia sinking and the Zimmermann telegram as key factors in the public reaction against Germany*, de Samuel R. Spencer (Rindge, N.H.: R.R. Smith, 1953) y *La Guerra Secreta en México*, de Friedrich Katz (México: Era, 1999 [1981]).

hermoso libro que se lee como una novela. Charles Shipman, alias Frank Seaman, alias Jesús Ramírez, alias Manuel Gómez nació como Charles Francis Phillips en 1895, en la ciudad de Nueva York. Estudiante que renace a la política en 1914 como pacifista de izquierda y que va a dar a la cárcel en 1918 cuando se niega ir a la guerra. En esa época simpatizaba con la revolución rusa que se había vuelto bolchevique. En abril de 1918 aprovechó una oportunidad y se fugó a México, entrando por Agua Prieta, Sonora. Parece que fueron muchos (¿cuántos?) los norteamericanos que se opusieron a la guerra, o simplemente fueron desertores que pasaron meses, inclusive hasta dos o tres años en México. El joven ilegal sobrevivió a duras penas en Mazatlán, después le fue un poco mejor en Guadalajara, y mucho mejor en la ciudad de México, donde empleo su experiencia de periodista, primero armando la sección en inglés del *Excelsior*, luego dirigiendo la misma sección en el diario del general Salvador Alvarado, *El Heraldo de México*.

En México se hizo amigo de Manabendra Nath Roy, revolucionario de la India y futuro miembro director del Komintern; conoció también a Mijaíl Borodin, el legendario bolchevique, quien lo mandó a Cuba para rescatar los diamantes de la corona tsarista (escribo “tsarista” con “ts” y no con la zeta de la Academia, que en español no suena “ts”). Borodin fue su primer maestro en marxismo-leninismo, de modo que a finales de 1919, bajo el seudónimo de Jesús Ramírez, viajó a Moscú, vía

España, para representar, con M.N. Roy, al flamante Partido Comunista Mexicano (PCM) en la reunión del Komintern. Así, ese pequeño partido fue uno de los primeros en unirse a la Tercera Internacional. Ahí conoció a Lénin, ahí simpatizó con su conciudadano John Reed y quedó desconcertado por la condena del “comunismo de izquierda” hecha por Lenin en su “The Infantile Sickness of Left Communism”.

El Komintern regresó a Ramírez a México, junto con el viejo luchador japonés Sen Katayama, para que fundara el Buró Latinoamericano del Profintern, la internacional sindical roja. Sus actividades en México provocaron su arresto y deportación a Guatemala. Ahí tomó una nueva identidad, la de Manuel Gómez, antes de irse a Chicago, para una nueva etapa de su militancia en el Partido Comunista de los Estados Unidos. Pronto se decepcionó por lo que pasaba en la Unión Soviética, aunque tardó más en tomar sus distancias, hasta su expulsión del partido en 1937, cuando criticó los grandes procesos de Moscú.

Muy pocos son los comunistas norteamericanos que el Komintern mandó a misiones fuera de los Estados Unidos, y menos aún quienes escribieron sus memorias. Lo curioso es que el compromiso del autor con el partido comunista estadounidense vino después de su importante papel en los partidos comunista mexicano y español. Durante esos años, para sus compañeros siguió siendo el mexicano Manuel Gómez (su aspecto físico se lo permitía), mientras día a día escribía exitosas columnas para el

Wall Street Journal, que firmaba con el nombre de Charles Shipman.

Entusiasta libertario, más que comunista disciplinado, este radical nos deja un testimonio apasionante, en cuyas páginas uno encuentra a Zinoviev, a Bertold Brecht, a Walter Lippman y a Salvador Alvarado, a Doroty Day cuando todavía no era una santa católica; a la bohemia y a los creadores de Greenwich Village. Para conocer los primeros años de la izquierda internacional, norteamericana y mexicana, tenemos este libro de un hombre que fue tan exitoso en el frente comunista como en su segunda vida de empresario, sin renegar nunca de sus convicciones. 

Razoux, Pierre y Charles Maisonneuve, *La guerre des Malouines*, Paris, Éditions Larivière, 2002, 175 pp. (con muchas fotos).

Un excelente libro de historia militar en el mejor sentido de la palabra, sobre la última gran batalla aeronaval del siglo XX, escrito por un historiador de formación, alumno de André Martel (quien refundó la escuela francesa de historia militar) actual funcionario europeo especialista en problemas sobre seguridad y estrategia. En 1999 publicó un libro sobre la guerra en *Kippur* y es autor de diversos artículos sobre relaciones internacionales, Medio Oriente y el Cáucaso. Razoux tuvo un acceso privilegiado a los archivos británicos para escribir el presente libro, en colaboración con C. Maisonneuve (periodista, especialista en asuntos de defensa y editor de la revista *TTU Europe*, carta de información estratégica).

La guerra de las Malvinas (del 2 de abril al 15 de junio de 1982) fue uno de los conflictos más originales y menos esperados de las últimas décadas. Dos gobiernos occidentales, radicalmente comunistas, se enfrentaron durante cien días aproximadamente, en una guerra post-colonial, calificada demasiado pronto de anacrónica, que dio lugar a la mayor batalla aeronaval desde la segunda guerra mundial. Para Gran Bretaña representó la más importante operación desde Suez (1956). Tanto la determinación de la “Dama de Hierro”, Margaret Thatcher, como la admirable audacia de los pilotos argentinos, han engendrado muchos mitos que el presente libro bien podría diluir. Lo más importante es que este estudio de primera mano permite responder a varias interrogantes.

¿Por qué la junta argentina se lanzó a una aventura que provocó su caída definitiva, después de un lapso eufórico de unidad nacionalista? ¿Fue de verdad Londres sorprendido por la invasión argentina? ¿Cómo lograron los ingleses reunir tan pronto cien barcos y un importante cuerpo expedicionario? Diplomáticamente hablando ¿qué estaba en juego? ¿Cuál fue la actitud de Washington, de Santiago de Chile o de París en este asunto? El lector encontrará muchas sorpresas en el doble (o inclusive triple) juego francés, con respecto a la muy valiosa ayuda que los servicios del general Pinochet prestaron a los ingleses, y a la posición de los Estados Unidos y la Unión Soviética.

Además los autores subrayan el papel de las fuerzas especiales, de los servicios

secretos y de los medio masivos de comunicación. De esta lectura se desprende que los argentinos pudieron ganar la guerra, contra una opinión *a posteriori* muy generalizada. Finalmente, lo autores muestran las enseñanzas militares de un conflicto que puede figurar dignamente en los programas de las escuelas de guerra, mientras discuten la importancia estratégica de un archipiélago que no encuentra un destino que satisfaga a ambas partes.

Tanto el historiador como el periodista han logrado de modo asombroso un tratamiento bien fundamentado y serenamente objetivo, alejado de toda postura ideológica o partidista. Aprovechando amistades y contactos tanto en Argentina como en Inglaterra; en la armada y la aviación; en la academia, en el gobierno y el sector privado, recopilaron una información novedosa, ilustrada con muchos documentos fotográficos. Lectura indispensable para quienes se interesen en Inglaterra y Argentina, así como en conflictos de relaciones internacionales, estratégicas o bélicas. 

Gellately, Robert, *No sólo Hitler. La Alemania nazi entre la coacción y el consenso*, Barcelona, Crítica, 2002, traducción del inglés *Backing Hitler. Consent and Coercion in Nazi Germany*, Oxford University Press, 2001, 441 pp.

A diferencia de los polémicos panfletos de Daniel Goldhagen, este libro descansa en una profunda investigación, no se deja llevar por una pasión ciega y, por su propia moderación sistemática, nos lleva mucho

más lejos en el conocimiento y la reflexión. El autor tiene casi treinta años de experiencia investigando la historia de Alemania en diversos archivos. Por esta razón estaba preparado para darnos este libro, con base en sus trabajos anteriores, al lado de Sheila Fitzpatrick, sobre la denuncia, la delación y la complicidad a lo largo de la historia. Creo recordar un número especial del *Journal of Modern History* que armaron sobre el tema, tanto en la revolución francesa como en la Unión Soviética, así como en el Tercer Reich.

La idea del libro surgió a partir de una pregunta universal: ¿qué sabían los alemanes sobre la Gestapo, las persecuciones y los campos de concentración? Gellately, al final de su investigación, puede darnos conclusiones que rebasan esta pregunta e inclusive abarcan cuestiones acerca del antisemitismo y el genocidio. Demuestra que los alemanes no se limitaron a aceptar los beneficios que trajo el nazismo y a rechazar o ignorar sus prácticas más abominables. Hitler obtuvo el apoyo de la inmensa mayoría de los ciudadanos, especialmente entre 1936 y 1941, años en los que acumulaba éxitos internacionales. El consenso “se alcanzó rápidamente, pero en todo momento fue plural, diferenciado y, en algunos momentos, inestable [...] Hitler y sus secuaces no pretendieron acobardar a todo el pueblo y conseguir su sometimiento, sino ganárselo mediante la creación de imágenes populares, ideas y fobias profundamente enraizadas [...] Intentaron crear y

mantener los máximos niveles posibles de apoyo popular. Gastaron una enorme energía en sondear la opinión pública y ganársela para la causa” (pp. 10-11).

En esta breve reseña, sólo se pretende señalar la distancia entre Goldhagen y Gellately. El primero subraya el papel del antisemitismo “de exterminio”, considerado como una permanencia casi genética en el pueblo alemán, por lo menos desde Martín Lutero o inclusive desde antes, en el siglo XI; hace del antisemitismo la única base del consenso pro-nazi. Además considera que ese potencial criminal fue revelado y aprovechado por los nazis. Por lo tanto, ignora la cronología y le resta importancia a la posición de Hitler: “lo que realmente hicieron Hitler y los nazis fue quitar todas las trabas que frenaban a los alemanes y, por ende, poner en acción su antisemitismo reprimido, pero ya existente” (Daniel Goldhagen, *Hitler's Willing Executioners*, Nueva York, 1996, p. 441). Sin embargo, esta explicación unilateral no resiste al estudio de Gellately, quien nunca tuvo como meta refutar a Goldhagen.

En 1933, los judíos carecían de importancia para la mayoría de los alemanes, éstos no compartían el odio radical de los nazis, quienes, durante los primeros años fueron muy prudentes en la formulación y aplicación de sus políticas racistas. El antisemitismo se transformó y difundió poco a poco, de modo que muchos judíos alemanes no vieron cuando se acercaba la catástrofe; aún en los primeros años del Reich,

éstos eran envidiados por los de Europa central y oriental, e inclusive hubo judíos pro-nazis, especialmente entre los jóvenes. Los judíos alemanes estaban mejor integrados a la Europa continental y por esta razón a los nazis “les resultó, al principio, bastante difícil perseguir a los judíos” (p. 98).

A lo largo del libro descubrimos cómo los alemanes, inexorablemente, se involucraron en las persecuciones emprendidas contra los judíos, entre otras minorías, y que sus motivos no tenían que ver directamente con el racismo. Así, en la medida que crecía la persecución, aumentaba lo que Ulrich Herbert llamó “la escalada de indiferencia”.

Gellately concluye con la tesis de que los nazis ocultaron a la nación sus acciones, así que la mayoría de los alemanes nunca supo nada. El autor demuestra cómo los medios masivos de comunicación publicaron mucha información acerca de la represión, las persecuciones y los campos de concentración, lo cual fue presentado como una lucha contra la delincuencia, la inmoralidad y la pornografía; prueba de la modernidad y la superioridad del Tercer Reich en su combate contra el mal social. El autor sostiene la tesis de que “las explicaciones racionales, mediante las cuales los nazis convencieron a la opinión alemana de establecer nuevas formas de represión y nuevas leyes, fueron un elemento fundamental en el proceso de discriminación y persecución” (p. 20). Los alemanes fueron muy sensibles a la propaganda que subra-

yaba los logros en cuanto a “seguridad y orden”: “¡Que se cuide nuestra sociedad tan preocupada por esos temas!”

Otra aportación de Gellately, que va en contra de Golhagen –sin intención de polemizar– es el papel que Hitler desempeñó, con mucha frecuencia, de manera activa y decisiva en la creación y funcionamiento de todo el aparato represivo; cuando no se encargaba personalmente de dar instrucciones concretas, la policía, la “justicia”, los dirigentes de las SS y el ejercito encontraban la inspiración necesaria en sus dis-

cursos, sus ideas y sus “deseos”. En este sentido, el autor confirma lo dicho por Ian Kershaw en la biografía monumental del Führer.

Lo terrible de este gran libro es contemplar la destrucción y la pérdida progresiva del sentido de justicia en Alemania; cómo la represión y el consentimiento se van mezclando poco a poco, hasta que el pueblo alemán en general termina apoyando el régimen totalitario. Nunca falta la “pequeña grey” que salva el honor para el futuro, pero esa es otra historia. 